

su partida, en la última pendencia que tuvo, se batió con cuatro cortadores, para impedirles mataran á un pobre perro de presa, que no se habia portado bien la última corrida de toros, evitando con mucho trabajo tener la suerte del perro que apadrinaba. Convendré tambien en que no pasará un pobre por la puerta del rico armero, sin el socorro competente. Pero ¿ de

bour. Es el caso, que hallándose Roberto Bruce malherido y en cama, advirtió cerca de él los esfuerzos, con que una araña procuraba rehacer su tela toda deshecha; y que no habiendo podido conseguirlo, aun intentándolo repetidas veces, fué tal su perseverancia, que al fin triunfó y completó su obra. Roberto tuvo este acaso, como cosa de un feliz agüero, y dedujo, podria él tambien, trabajando con toda constancia, lograr sus intentos, á pesar de su mala fortuna. Así sucedió, y despues de Roberto pasaron todos sus descendientes á juzgarse culpados de un crimen, digno del infierno, si mataban un animal de semejante raza.

No hizo menos apreciable y tierna su memoria la compasion con que se prestaba al auxilio de los atribulados, y no ha sido facil olvidar á este hombre, tantos siglos ha reducido á polvo, desde que se le vió con asombro, expuesto con todo su ejército á caer en manos de los Irlandeses, que le iban al alcance, deteniéndose á socorrer á una pobre lavandera, que halló al paso, batallando con los dolores del parto. Mandó luego hacer alto, y por mas que le hicieron presente lo crítico de su posicion, no consintió en dar contraorden, hasta que la infeliz angustiada salió de su apuro.

qué sirve esta caridad, cuando su brazo reduce á la indigencia y la miseria á tantas viudas y huérfanos como consuela su bolsa?

— Escucha una palabra, Catalina, antes que acabes de dirigir á mi amigo esa letania de repasatas, que tienen apariencia de buen juicio, pero que no son conformes en la sustancia con todo lo que vemos y entendemos. ¿Cuál es el espectáculo que ansian ver, nuestro rey con toda su corte, nuestros nobles, nuestras damas, nuestros abades, nuestros monges y nuestros clérigos? ¿Un torneo, una justa? ¿No van á él por admirar las proezas de la caballería, para presenciar las hazañas de nuestros caballeros, para ver acciones gloriosas y excelentes, ejecutadas por las armas, y á costa de sangre? ¿En qué se distingue lo que hacen estos nobles caballeros de lo que hace nuestro Enrique Gow en su clase? ¿Quién ha oido jamás decir haya él abusado de su fuerza y destreza, para hacer mal ó favorecer la opresion; y ¿quién no sabe de las muchas veces, que ha empleado ambas en favor de la buena causa en nuestra ciudad? ¿No debias tú gloriarte mucho;

entre todas las muchachas de la ciudad, y honrarte con que un hombre de un corazon tan bien puesto y un brazo tan vigoroso, se haya declarado tu campeon? ¿De qué es de lo que las damas orgullosas hacen mas gala, sino de la bravura de sus galanes? ¿Hizo acaso el mas valiente caballero de Escocia tan señaladas acciones, como las del brazo de mi hijo Enrique, aunque de humilde cuna? ¿No tiene renombre por toda la alta y baja Escocia, como el mejor armero de cuantos forjaron espadas, y como el mejor soldado que pudo desenvainarlas?

— Vm. se contradice á si mismo, padre mio, si es que puede hablar así vuestra hija. Demos muchas gracias á Dios, por haber nacido en una humilde y apacible clase, que nos pone fuera del trato de aquellos, á quienes un elevado nacimiento, y aun mas la soberbia, conduce á la gloria por crueldades y sangre, á que los grandes y poderosos llaman acciones caballescadas. Vuestra sabiduria convendrá en que seria un absurdo de nuestra parte, si tratásemos adornarnos con sus plumas y sus brillantes vestidos: ¿por qué, pues, los imitaremos en los

vicios, tras los que corren impetuosos? ¿Por qué nos revestiremos del orgullo de sus corazones endurecidos y de su bárbara crueldad, que del homicidio hace, no solo una diversion, sino tambien un triunfo y un motivo de vanagloria? Que reclamen homenages sangrientos, y hagan de ello un honor y una diversion, pues que su rango lo requiere, vaya, en hora buena; pero á nosotros, que no somos sacrificadores, no nos toca mas que lastimarnos del padecer de las víctimas. Agradezcamos á Dios por nuestro humilde nacimiento, pues que nos libra de la tentacion. — Pero perdonadme, padre mio, si he pasado los limites que me prescribe mi deber, combatiendo las ideas que teneis en este asunto, y son iguales á las de otros muchos.

— Como soy que tienes la lengua bien puesta, Catalina, segun me parece, le dijo su padre con cierto mal humor. Yo no soy mas que un pobre artesano, y lo que yo sé mejor es distinguir el guante derecho del izquierdo. Pero si quieres que yo te perdone, tienes antes que decir algo con que pueda consolarse mi pobre Enrique. Mirale ahí confundido y desconcertado.

por haberte oído el sermón que acabas de predicar, y hele ahí, un hombre á quien el son de la trompeta es como la señal de un festín, todo cabizbajo y taciturno al oír el silbido delicado de tu voz.

Enrique Smith, en efecto, al oír que la voz para él tan apacible describía su genio de un modo tan poco ventajoso, estaba muy alicaído y apoyaba la cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa, en actitud del más profundo abatimiento y casi desesperación.

— ¡Ojalá, padre mío, respondió Catalina, consistiera en mí el consolar á Enrique, sin faltar á la sagrada causa de la verdad, cuyo intérprete acabo de ser! Y yo puedo y aun debo tener esta misión, continuó ella en un tono de voz que, reunido á la perfecta belleza de sus facciones, y al entusiasmo con que hablaba, hubiera podido pasar por inspirada. Tomando entonces un tono magestuoso: — El cielo, dijo ella, jamás confió la verdad á una boca por impura que sea, sin darle el poder de anunciar la misericordia, pronunciando al mismo tiempo el juicio. Enrique ¡levanta la cabeza, levanta

la cabeza, buen hombre, generoso y magnánimo, aunque tan extraviado!; Tus faltas son las de este siglo cruel y sin remordimiento; tus virtudes son tuyas y de nadie más.

Al decir esto echó mano al brazo de Enrique, y retirándosele poco á poco de la cabeza, él no pudo resistir á la dulce violencia, que le obligó á dirigir hácia ella sus ojos varoniles, que á virtud de la reprobación de Catalina y de otros sentimientos, habían derramado lágrimas.

— No llores, le dijo ella, ó más bien llora, pero como quien conserva la esperanza. Renuncia del demonio del orgullo y la ira que se apodera de tí con tanta frecuencia; y arroja cien leguas esas malditas armas, cuyo uso fatal y mortífero te ofrece una tentación, en que caes con tanta facilidad.

— Eso es predicar en desierto, dijo Smith, Catalina, yo puedo meterme fraile y retirarme así del mundo, pero en tanto que viva en él, tengo que trabajar en mi oficio, y es para mí poco menos que imposible fabricar yo armas para otros y resistirme á la tentación de servirme de ellas. Estoy bien seguro no me repre-

deria vm. con tal rigor, si supiera cuan inseparable debe ser de los medios, con que gano mi vida, este espíritu belicoso, por vm. tan acriminado, siendo, como lo es, una consecuencia inevitable de mi oficio. Al tiempo que procuro dar consistencia conveniente al escudo, peto ú espaldar, para que pueda parar y resistir los golpes, ¿no debo yo tener presente como se dan estos mismos golpes, la fuerza con que se dan para que salgan fuertes; cuando forjo una espada y la doy el temple que necesita para servirse de ella en la guerra, ¿puedo yo menos de acordarme del uso á que se destina, pues que debo probarla?

— Y bien, mi querido Enrique, exclamó la joven entusiasta, al tiempo que sus dos manecitas asian la mano fuerte y nerviosa del vigoroso armero que levantaron con alguna dificultad, no presentando Smith resistencia alguna contra este movimiento, y no haciendo mas que dejarse llevar sin ayudarlas;—y bien, mi querido Enrique, abandone vm. prosiguió ella, un arte que le cerca de peligros. Renuncie vm. de la fábrica de armas, útil solamente para reducir á

muy poco la vida humana, demasiado corta, por muy larga que sea, si, como ser debiera se ocupase toda ella en arrepentirse; unas armas, diré, que solo pueden contribuir á inspirar ideas de seguridad á los que, sin ellas, podrian por el miedo evitar el arriesgarse, avanzándose confiados á los peligros. El arte de fabricar armas ofensivas y defensivas es un arte criminal, para quien, por temperamento impetuoso, halla en él una tentacion y próxima ocasion de obrar mal. Deje vm. pues de fabricar armas de toda especie, y procure merecer el perdon del cielo, huyendo de cuanto pueda inducirle á recaer en su pecado habitual.

—Y ¿qué haré yo para ganar la vida, dijo el armero, cuando abandonare un arte que ha hecho famoso el nombre de Enrique de Perth desde el Tay hasta el Támesis?

— Su mismo arte le proporciona recursos inocentes y honoríficos, dijo Catalina, si deja de fabricar armas y escudos, puede dedicarse á la hechura del azadon y la reja del arado, tan honrada como útil; instrumentos que contribuyen á prolongar la vida y á la dis-

tracción que puede dulcificarla. Puede hacer barras y cerraduras, que defienden la propiedad del feble contra la violencia del mas fuerte, y las agresiones del ladron. Su casa será muy concurrida, y se hallará su respetable industria....

Hallóse Catalina interrumpida. Su padre, que ya otra vez la habia oido declamar enérgicamente contra las justas y torneos, hallaba tales doctrinas para él desconocidas, pero no podian parecerle en sí mismas del todo erroneas. Entraba en deseos de que un sugeto, á quien destinaba para su yerno, de ningun modo se viera expuesto á las ocurrencias y los peligros, que su genio emprendedor y fuerza prodigiosa le habian hecho arrostrar con mucha facilidad. Segun estas consideraciones se inclinaba gustoso á que los argumentos de Catalina produjesen algun efecto en el alma de su amante, conocido por él tan docil para dejarse llevar de su afecto, como fiero é intratable, asaltado por reconvenciones hostiles ó amenazas. Mas cuando conoció que los argumentos de su hija intentaban contrariar sus miras, y probar debia

su yerno abandonar un arte de mas utilidad que cuantos habia en Escocia, y el de mayor ganancia para Enrique, con respecto á otro cualquier armero de la nacion, se juzgó precisado á rebatirlos.

Habia concebido en confuso, seria muy del caso hacer lo posible para que perdiera Enrique el hábito de recurrir á las armas demasadas veces, aunque no pudiera sin envanecerse, verse unido con un sugeto, que tan bien sabia manejarlas, habilidad de no pequeño mérito en aquel siglo belicoso. Pero luego que observó la recomendacion eficaz de su hija, sobre ser para su amante el único medio de llegar á la paz y tranquilidad de alma, dejarse absolutamente de la fabricacion de armas, profesion tan lucrativa, y en la que nadie podia rivalizarle; viendo además que las pependencias que cada dia se notaban, así como las frecuentes guerras del tiempo le deberian reportar grandes ganancias, no pudo contenerse, y tan luego que, por haber oido decir á Catalina debia su amante dedicarse á trabajar instrumentos de agricultura, se convenció de que él tenia ra-

zon, cosa que antes de esta propuesta le tenia dudoso, exclamó con viveza:

— ¡ Lindamente, Catalina! Barras de hierro, cerraduras, rejas de arado, rastros!... y por que no badiles y tenazas. No necesitaria mas que un burro, para llevar á vender por los pueblos sus utensilios, y tú irias con otro del cabestro. ¿ Has perdido el juicio, muchacha? ó, ¿ piensas hallar gentes en este siglo de hierro que quieran gastar su dinero en otra cosa, no siendo en cuanto pueda ponerlos en estado de matar á los que acechan contra sus vidas, ó defender las suyas? Sabe, pedazo de tonta, que lo que mas nos hace falta en el dia, es una espada para nuestra defensa, pero no un arado con que preparar la tierra para sembrar, cuando tan inciertos estamos si nos dejarán ver la cosecha. Con respecto al pan necesario todos los dias, siempre se le come alegremente el mas fuerte á vista del debil que muere de hambre. Dichoso mi hijo, y todo aquel, quién como él, tiene proporcion de ganar el pan de otro modo que por la punta de la espada hecha por él. Predicale la paz, hasta el dia del juicio, si te

acomoda, y que sea pacífico para con todos, eso va muy bien, y yo no te diré jamas una palabra; pero que al primer armero de Escocia le recomiendes y con mucho empeño se abstenga de fabricar espadas, dagas, puñales, petos, cotas, morriones, lanzas, y venablos; es cosa que á nadie se le ocurre, y el oirlo solo haria perder la paciencia al seráfico Francisco. Marcha, marcha, retírate, y si mañana eres tan dichosa que veas á mi Enrique Smith, lo que no mereces, por haberle tratado como tú lo has hecho, debes pensar tienes á tu vista un hombre sin par por toda Escocia en el manejo de las armas, y que es capaz de ganar en un año quinientos marcos de plata, santificando los domingos todos sin faltar uno.

Al oír Catalina el tono perentorio de su padre, le saludó con todo respeto, y sin mas ceremonia se fué á su cuarto.